



**DEVENIR EN EL INSTANTE:
REFLEXIONES SOBRE UNA ÉTICA FUNDAMENTADA EN LA ONTOLOGÍA
DEL ACONTECIMIENTO.**

OBRA DE CREACIÓN

MARÍA ALEJANDRA PENAGOS MONTOYA

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGIA, FILOSOFIA Y HUMANIDADES
FACULTAD DE FILOSOFIA
LICENCIATURA EN FILOSOFIA Y LETRAS
MEDELLIN**

2020

**DEVENIR EN EL INSTANTE:
REFLEXIONES SOBRE UNA ÉTICA FUNDAMENTADA EN LA ONTOLOGÍA
DEL ACONTECIMIENTO.**

OBRA DE CREACIÓN

MARÍA ALEJANDRA PENAGOS MONTOYA

Trabajo de Grado para optar por el título de

LICENCIADA EN FILOSOFÍA Y LETRAS

Asesor

IVÁN DARÍO CARMONA ARANZAZU

Doctor en Filosofía

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGIA, FILOSOFIA Y HUMANIDADES
FACULTAD DE FILOSOFIA
LICENCIATURA EN FILOSOFIA Y LETRAS
MEDELLIN**

2020

28 de mayo del 2020

María Alejandra Penagos Montoya

“Declaro que este trabajo de grado no ha sido presentado con anterioridad para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en ésta o en cualquiera otra universidad”.

Art. 92, párrafo, Régimen Estudiantil de Formación Avanzada.

Firma del autor

María Alejandra Penagos M.

CONTENIDO

INTRODUCCION	6
CAPITULO 1: FUNDAMENTOS PARA UNA ONTOLOGÍA DEL ACONTECIMIENTO	8
CAPITULO 2: DEL CUERPO COMO NATURALEZA PRIMORDIAL DEL ACONTECIMIENTO	17
CAPITULO 3: DEVENIR EN EL INSTANTE: REFLEXIONES SOBRE ÉTICA	26
CONCLUSIONES	46
BIBLIOGRAFIA	49

RESUMEN

El presente trabajo, titulado como “*Devenir en el instante: reflexiones sobre una ética fundamentada en la ontología del acontecimiento*”, tiene como propósito evidenciar un proceso de creación literario-filosófica. El interés fundamental desarrollado en la investigación que propone, se basa en la necesidad apremiante, que como especie humana tenemos, de aprender a convivir. Para ello, se toma a la ética como objeto de estudio: para plantear la problemática de la acción humana y sus límites a partir del acontecimiento del devenir del mundo. Realizando una analogía con la bifurcación rizomática en que se manifiesta el mundo, se pretende desarrollar un lenguaje investigativo que esté circunscrito y logre oscilar entre la creación literaria y la fundamentación filosófica

Se pone a consideración del lector la posibilidad de especulación estética y filosófica como una apertura a expresiones íntimas e inusitadas del pensamiento como potencia creadora de horizontes hermenéuticos. Por ende, su virtud investigativa se fundamenta en la construcción de cuadros aforísticos, procurando retratar sus resultados en función de construir literariamente un modelo de realidad y de sentido sobre la ética que estén basados en el acontecimiento como eje central de la vitalidad humana, tanto en sus dimensiones racionales como corpóreas y emocionales. Para ello, las representaciones aforísticas que aquí se encuentran contenidas, son producto de explorar diferentes ámbitos de la creación literaria y filosófica orientada a ser una reflexión del pensamiento sobre la naturaleza de la existencia, a través de la conciencia estética que permite componer el lenguaje y la lógica poética, para descifrar los elementos de orden ético que dan armonía y sentido a la vida.

Palabras Clave: Ética, Lenguaje, Creación, Filosofía, Devenir, Aforismo, Vida, Pensamiento, Mundo, Acontecimiento, Ontología, Naturaleza.

Introducción

El interés fundamental desarrollado en la investigación que propone este trabajo, se basa en la necesidad apremiante, que como especie humana tenemos, de aprender a convivir, de saber habitar en comunidad, de orientarnos hacia un estado de bienestar colectivo, en armonía con lo radicalmente Otro y la propia *psyché* del Yo que nos configura como individuos. Para ello, se debe emprender un viaje al interior del pensamiento, y reflexionar sobre la forma en que capturamos - al modo en que Wittgenstein lo comprendía- las imágenes o cuadros (*pictures*) con que representamos la realidad. Tanto el mundo, como lo que constituye a los seres humanos, se manifiestan en una apertura de multiplicidades y dimensiones desde los cuales elaboramos sentidos vitales, por ende, como propuesta de creación, *Devenir en el instante: reflexiones sobre una ética fundamentada en la ontología del acontecimiento*, se propone tanto en contenido como en forma, explorar y dar cuenta de aquello que se manifiesta interconectado entre la realidad inasible de la naturaleza y las representaciones que devienen del entendimiento, buscando posibles soluciones mediante cuadros aforísticos a los problemas de cómo articular filosofía, lógica, estética y poética, con la intención de expresar una genuina reflexión del pensamiento humanista.

Se toma a la ética como objeto de estudio, para plantear la problemática de la acción humana y sus límites a partir del acontecimiento del devenir del mundo. Realizando una analogía con la bifurcación rizomática en que se manifiesta el mundo, se pretende desarrollar un lenguaje investigativo que esté circunscrito y logre oscilar entre la creación literaria y la fundamentación filosófica, elevando los conceptos racionales y lógicos a cuadros estéticos y literarios, o sumergiendo la expresión poética en el análisis meticuloso de la razón filosófica. Esto implica desarrollar imágenes o cuadros aforísticos en virtud de crear un lenguaje que permita considerarse a sí-mismo como el devenir de una investigación en torno a la naturaleza del acontecimiento ético, involucrando una exposición híbrida entre ontología y estética, en aras de expresar el proceso de los movimientos vitales y existenciales de la existencia humana.

Puesto que la ética trata en últimas sobre aquello que merece la pena ser vivido, resulta una problemática común a la reflexión humanista, ya que permea la dimensión filosófica, antropológica, literaria, y en general, lingüística, siendo un objeto y área de análisis con

un inmenso potencial para explorarse desde plataformas conceptuales, tanto mostrativas como creativas. De allí que el esfuerzo narrativo y reflexivo contenido en las siguientes páginas no sólo sea el desarrollo conceptual de una reflexión sobre la ética del acontecimiento, sino también búsqueda y respuesta que nace de un impulso poético-filosófico, en busca de comprender aquello que permea el intempestivo espíritu humano. Tratando de abordar la cuestión central de *¿qué es pensar la ética desde el acontecimiento?*, se propone dar cuenta de un proceso escritural que trate de encarnar la dinámica móvil del pensamiento, que, a pesar de ser lógico y racional, se mueve en los avatares y disrupciones del acontecer, en la facticidad del ser que sólo puede concebirse como tal en su presente vivo, aludiendo a que la vitalidad sea el primer acceso al universo de las representaciones.

Como método empleado, se parte de una doble consideración del elemento dialógico: la conversación entre las reflexiones planteadas por las autoridades del pensamiento (los bien llamados filósofos, que para nuestro caso son recurrentes Wittgenstein, Deleuze, Heidegger y Mélich, entre otros) y la confrontación subjetiva de la autora con la naturaleza de su objeto de investigación, orientado a una reflexión basada en el acontecer experiencial e intelectual de la vida, atravesando sucesivamente cuestiones éticas que van surgiendo a lo largo del trabajo propuesto, y que involucran en el juego de las representaciones aforísticas, las dimensiones y capacidades cognitivas, emocionales y corporales del ser humano. Para ello, el objetivo central propuesto, que es el de la pregunta por una ética fundamentada en la ontología del acontecimiento, parte de la elaboración de un texto que se divide en tres capítulos, todos ellos desarrollados mediante aforismos, con la intención de realizar una disertación en diferentes niveles y voces progresivas, que han de ampliar tanto el horizonte hermenéutico del objeto de estudio como la capacidad multifacética que ofrecen las capas aforísticas para elaborar estructuras narrativas que dan cuenta de las lógicas de representación propuestas de cada relato.

De esta manera, se pretende ofrecer al lector toda una disertación multi-experiencial que le permita conversar con el texto en torno a la discusión sobre cómo construir una ética basada en los atributos vitales de la existencia, invitándolo a hacer parte de una reflexión sobre la vida que vale la pena ser vivida, esperando que el presente producto de investigación creativa sea útil para tales fines.

Capítulo 1:

Fundamentos para una ontología del acontecimiento.

Este ensayo parte de la hipótesis antropológica que concibe al ser humano como cuerpo, como corporeidad y, por lo mismo, como espacio y como tiempo, como herencia y como deseo, como tradición y como innovación, como nacimiento y como muerte. Para una ética de la compasión “ser corpóreo” no significa que todo sea “cuerpo” sino que lo que se halla “más allá del cuerpo” sólo puede conocerse, concebirse y comprenderse “desde el cuerpo”. En otras palabras: que lo “radicalmente trascendente” únicamente se puede expresar desde lo “radicalmente inmanente.”¹

1. Saber *estar*, es aprender a existir mediante la convivencia mutua con el mundo. Saber *estar* es *con-vivir*. En el equilibrio de lo que acontece en el mundo, es balancear dentro de sí-mismo las fuerzas de la contingencia como creadora y creación del mundo: entre el respeto por la diferencia (que *Es*), el respeto propio (que *Debe-Ser*) y el respeto por la dignidad (que *Está-Siendo*), surge la unicidad armónica de la diversidad, unidad que se expresa en tiempo y lugar, como historia y como forma, y que se convierte en certeza cuando la experiencia existencial, la vida fáctica, se sintetiza, se hibrida con la realidad y deviene a la par del acontecimiento del mundo.

2. La pregunta por el *estar*, es el fundamento inmanentista de la metafísica: “*Wo stehen wir?*” (¿*Dónde estamos?*), es la pregunta que está directamente relacionada con el *Lugar*: el lugar de la existencia, ese lugar que está anclado al tiempo histórico y su materialización tangible, es decir, al lugar que es el espacio que habitamos y denominamos como mundo, ese mismo lugar donde acontece el *Tiempo* en que el ser se recubre del existir y las posibilidades que el mundo a ello le otorga.

¹ Mélich, Joan. *Ética la compasión* (Barcelona: Editorial Herder, 2010), 23.

² Heidegger, Martin. *Cuadernos negros* (Madrid: Editorial Trotta, 2018). Reflexiones VI, §40, 347.

3. Es la *con-vivencia* con el mundo de la cual emana el fundamento de la raíz a la pregunta: *¿por qué ser y no la nada*³? Fundamento que adquiere sentido posterior, puesto que la auténtica cuestión existencial comienza en la pregunta de *¿Dónde estamos?* No somos nada en tanto el mundo nos arroja en su Ser, y en su acontecer, nos otorga plenamente el ser. Un ser temporal y espacial, un ser-ahí (*Dasein*) que es posible en tanto es inherente a la circunstancialidad de lo existente en el mundo.

4. Este sentido de ser (del ser que *es-aquí y es-ahora*, otorgado por el *Ser* del mundo) incluye la totalidad de lo existente como *acontecimiento*: el ser humano como criatura, es creada por la existencia del todo, puesto que pertenece y es emanada del mundo en donde *está* existiendo. Por ende, la esencia de dicha criatura no se haya limitada por la presencia de la mera subjetividad experiencial ni por las intersubjetividades conceptuales sobre los hechos que acaecen en el mundo. De manera que la pregunta fundamental de “¿Por qué el Ser y no la Nada” comienza luego de que nos precipitamos en el mundo, es decir, en el *Lugar* del mundo, de modo que la verdadera cuestión existencial comienza en el “¿Dónde estamos? ¿Dónde estamos nosotros? ¿Nosotros? ¿Quiénes nosotros?” La pregunta metafísica no comienza entonces en las alturas de la abstracción, puesto que del ser y la nada sólo hablamos con posterioridad a la pregunta de dónde estamos. La metafísica cede su lugar en tanto se precipita en la existencia: la pregunta no se trata del *Ser*, sino de *quién* y en *dónde* aterriza el ser.

5. La pregunta antagónica sobre el *Ser y la Nada* se encuentra cercada por ideas inmutables o conceptos *vacíos* que dividen las regiones de la vida en brechas insanables y que se desinteresan de la propia carne del cuerpo. No podemos decir que somos microcosmos ni reflejo del mundo, ni que habitan en nosotros todos los materiales del universo, si por ello hemos de sacrificar la pregunta que se aventura en los contenidos de nuestras almas, de nuestra psique y de su lugar acontecimental en el mundo: la genuina pregunta metafísica no se trata de un pensamiento “sin suelo”, sino que surge en el “*dónde*”, que es precisamente el “*espacio vital*”, en tanto que la

³ Heidegger, Martin. *Ser y tiempo* (Madrid: Editorial Trotta, 2018) §5,15.

⁴ Heidegger, Martin, 2018, *Reflexiones VI*, §40, 347

existencia como ser-ahí (*Dasein*) sólo se revela como parte del acontecimiento del mundo y no como eje central que posibilita el acontecer:

El “mundo” es, al mismo tiempo, suelo y escenario y, como tal, forma parte del ir y venir cotidiano. En el convivir público comparecen los otros en esas actividades en las que también “uno mismo” se encuentra sumergido. Se conoce, se discute, se aprueba, se combate, se retiene en la memoria y se olvida, pero considerando siempre, en primer lugar, lo que se hace y lo que de allí “resulta”. El progreso, el estancamiento, el cambio de actitud y el “balance final” del *Dasein* individual los medimos ante todo por la marcha, el estado, el cambio y la disponibilidad de lo que nos ocupa.⁵

6. Cabe despojarse de la razón *des-ligada*, que presupone las bases de la vida antes de ser vivida, que se avalancha con prejuicios sobre los sentidos y sus posibles expresiones, que se va de caza hacía la carne y hacia los cuerpos desplegados en el espacio, atacando lo Otro que desconoce y de lo que especula sin contacto ni vivencia, sobre lo cual apoya las disyuntivas de su negación. La razón *des-ligada* como disposición aislante del sujeto frente al mundo, enjaula su *Yo* en un solipsismo nominal cargado de negaciones que paralizan a su conciencia y la dejan sin el suelo del pensamiento ni el lugar del acontecimiento, que lo sustraen del tiempo real del mundo. La razón *des-ligada* padece una aversión a las costumbres espontáneas que engendran la creatividad auténtica de la persona inmersa en el devenir de su existencia, huye de las pasiones que se le manifiestan como una materia volátil sin-sentido, que le resultan una manifestación errónea, desviada o trastornada de la función orgánica del acontecimiento, cuando en realidad su propiedad *des-ligada* del devenir es una radical ausencia, un ensimismamiento desesperado que busca defenderse de las manifestaciones azarosas de la existencia:

En profundidad, es por la identidad infinita que los contrarios comunican y que la identidad de cada uno se encuentra rota, escindida: hasta el punto de que cada término es a la vez el momento y el todo: la parte, la relación y el todo (...) Todo ocurre por resonancia entre dispares, punto de vista sobre el punto de vista, desplazamiento de la perspectiva, diferenciación de la diferencia, y no por

⁵ Heidegger, Martin, 2018, §75. Pág. 373

identidad de los contrarios. Es cierto que la forma del yo asegura ordinariamente la conexión de una serie, la forma del mundo, la convergencia de las series prolongables y continuas (...) Pero cuando la disyunción accede al principio que le da un valor sintético y afirmativo en sí misma, el yo, el mundo y Dios encuentran una muerte común, en beneficio de las series divergentes en tanto que tales, que desbordan ahora cualquier exclusión, cualquier conjunción, cualquier conexión (...) El sentido expresado como acontecimiento es de otra naturaleza: emana del sinsentido como de la instancia paradójica siempre desplazada, del centro excéntrico eternamente descentrado, puro signo cuya coherencia excluye solamente, pero de modo supremo, la coherencia del yo, la del mundo y la de Dios.⁶

7. La noción de nuestras ideas es fantasmagórica cuando no *con-vive* con nuestras acciones cotidianas, es decir, con nuestra existencia corpórea: al ser fenómenos irrealizables entre las vivencias de nuestra propia materia, son anodinos fantasmas abstractos alejados del mundo, ajenos al acontecimiento. Así las cosas, es fácil de suponer que toda *idea* es, además, irreal, un producto de la fantasía racional, y, por ende, son la llaga que carcomen la propia subjetividad: sin acontecimiento, hasta las ideas que consideran las buenas intenciones y los sanos pensamientos, son sólo quimeras que no pueden ni siquiera sentirse con la palma de las manos ni mucho menos con la certeza de la experiencia vital.

8. En el trastorno metafísico de ideas sin acciones y su consiguiente resistencia, de acciones sin ideas, el acontecimiento del mundo nos produce la certidumbre de la nada: no tenemos lugar en el mundo, ya no hay ser que *esté-ahí*. El bienestar, la bondad, la solidaridad, el amor, y otros atributos armónicos de la existencia del ser humano, entran al escenario ficcional del discurso y se escapan en la ignorancia de los actos. La veracidad de la palabra se derrumba dentro del armatoste conceptual, que no logra abrir sus puertas al acontecimiento de la experiencia, y así, la experiencia del mundo no logra identificarse con ningún signo nominal. Somos nada, entonces, pues ni las palabras existen en realidad ni el cuerpo experimenta la realidad. ¿Cómo conciliar la doble vía dualista en que se desprenden las ideas de sus cuerpos, las razones de sus contingencias, los sentidos de sus paradojas, la norma del volátil

⁶ Deleuze, Gilles. *Lógica del Sentido*. (Barcelona: editorial Paidós, 2005).127.

acontecer espontáneo? Mediante el reconciliamiento de los opuestos, no como categorías idénticas ni como categorías contradictorias, sino afirmando sus distancias diferenciales desde sus propiedades relacionales:

Una operación según la cual dos cosas o dos determinaciones son afirmadas por su diferencia, es decir, no son objetos de afirmación simultánea sino en la medida en que su diferencia es también afirmada, es también afirmativa. No se trata en absoluto de una identidad de los contrarios, todavía inseparable en tanto que tal de un movimiento de lo negativo y de la exclusión. Se trata de una distancia positiva de los diferentes: no ya identificar dos contrarios a lo mismo, sino afirmar su distancia como aquello que los remite uno a otro en tanto que «diferentes». La idea de una-distancia positiva en tanto que distancia (y no distancia anulada o franqueada) nos parece lo esencial, porque permite medir los contrarios según su diferencia finita en lugar de igualar la diferencia en una contrariedad desmesurada, y la contrariedad en una identidad ella misma infinita. No es la diferencia la que debe «ir hasta» la contradicción, como cree Hegel por su deseo de acoger lo negativo; es la contradicción la que debe revelar la naturaleza de su diferencia según la distancia que le corresponde. La idea de distancia positiva es topológica y de superficie, y excluye cualquier profundidad o elevación que aproximarían lo negativo a la identidad.⁷

9. El “animal racional” es el producto metafísico del “pensamiento sin suelo”, en tanto supone el acontecimiento del *Ser-del-Mundo* aislado del espacio y del tiempo. Es decir, olvida la existencia del “estar-aquí” del ser humano, de la facticidad de su existencia, de su conexión con el mundo: se desaparece la pregunta “¿Dónde estamos?” tal y como aparece configurada por el devenir mismo de la vida. Las preguntas esenciales se disuelven en el mar de las respuestas sin preguntas, dando paso a la violencia histórica de las creencias, que se elevan a la categoría de directriz moral:

La separación entre lo real y su representación conduce a la valoración grandilocuente de la imagen en detrimento de la realidad: esta separación, que define, si se quiere, el «espacio» de la paranoia y del narcisismo, define también, y por las mismas razones, el espacio de la violencia; Y ello en un doble sentido:

⁷ Deleuze, Gilles. *Lógica del Sentido*, 125.

primero, porque la palabra grandilocuente violenta lo real; y luego, porque esta violencia cometida sobre lo real es el indicio de una violencia virtual tanto en el que habla como en el que escucha.⁸

10. Sin la pregunta que deviene del acontecimiento de nuestro ser-ahí, “¿*Dónde estamos?*”, es impensable formular la pregunta por el ser mismo que acontece en el mundo: ¿*quién soy yo?* y, por ende, es mucho menos posible pensar en lo otro, en el ¿*quiénes somos nosotros?* Sin embargo, como seres que acontecemos en el mundo, al no hallarnos involucrados en una pregunta que nos exige existencia, presuponemos que “aún no existimos”, y por consiguiente, estalla la violencia del *yo* contra el *tú*, puesto que el *yo* se convierte en el juez, el límite y el origen del mundo:

En estas condiciones, no es sorprendente que la confusión de las cosas y de las palabras (...) lleve aparejada una explosión de narcisismo generalizado. Se advertirá aquí que el narcisismo, al igual que la grandilocuencia, no implica tanto una preocupación y atención exagerada hacia sí cuanto una despreocupación exagerada hacia la exterioridad, hacia lo real (...) La incapacidad para hablar de otra cosa que no sea uno mismo ¿es el indicio de un amor excesivo hacia sí o el de un desinterés respecto de la realidad exterior? Es probable que el exceso de amor no llegue más que en segunda instancia y que sea el exceso de indiferencia quien se sitúe en primer lugar.⁹

11. Si bien es cierto que toda epistemología deviene en alguna forma de conocimiento abstracto o disertación conceptual, su origen es un movimiento intermitente entre el saber puro y la acción pragmática. Por tanto, las relaciones de todo contenido epistemológico se deben representar —en tanto elucubración racional-abstracta de fenómenos que acontecen en la realidad— enlazadas a la materia prima de la existencia: lo que acontece en el devenir del mundo y, por ende, está sujeto a las leyes de la aparición y del ocultamiento, es decir, a la multiplicidad de la representación del espacio y del tiempo de la vida. Toda facultad del conocimiento humano se funda, ante todo, en su propio ser que acontece en medio del mundo, como observador y como cómplice, cómo artífice o

⁸ Rosset, Clement. *Lo real tratado de la idiotez*. (Valencia: Editorial pre-textos, 2004). 148.

⁹ Rosset, Clement. *Lo real tratado de la idiotez*, 146-147.

replicador, que está siempre circunscrito y rodeado de ese mundo anterior y posterior a él mismo:

La paradoja de este puro devenir, con su capacidad de esquivar el presente, es la identidad infinita: identidad infinita de los dos sentidos a la vez, del futuro y el pasado, de la víspera y del día después, del más y del menos, de lo demasiado y lo insuficiente, de lo activo y lo pasivo, de la causa y el efecto. El lenguaje es quien fija los límites (por ejemplo, el momento en el que empieza lo demasiado) pero es también él quien sobrepasa los límites y los restituye a la equivalencia infinita de un devenir ilimitado.¹⁰

12. Retomando esta idea de la materia en relación al cuerpo acontecimental que somos, al ser humano que *es* y no al ser humano que *presupone-ser*, tenemos que no hay una división entre lo material e inmaterial en nosotros ni en el entorno: son una y la misma cosa, con manifestaciones diferentes, puesto que todo se origina en el ser que sólo puede “*ser-ahí*”. Además, como seres que existimos en el mundo, somos los observadores de estas variaciones, observadores y a la vez objetos en movimiento, que afectamos y somos afectados en el tiempo y en el lugar del *Acontecimiento*, por lo que nos ocurre o hacemos que ocurra, y que, tanto el ser del sí-mismo como el ser de lo otro, les basta con *estar* para dar cuenta de que se es en relación al mundo.

13. ¿Qué es el Acontecimiento? ¿A qué remite el infinitivo de su verbo, acontecer? Es aparecer en el mundo, devenir en medio de sus circunstancias. Acontecer es connatural a la pregunta de “¿*dónde estamos?*”, es decir, *acontecer* es pertenecer al devenir del mundo, que nos suscita la cuestión intrínseca sobre la necesidad de saber *estar* y *con-vivir* con eso que *está* paralelamente extrínseco, disperso por el tiempo y el espacio del acontecer, que es lo otro, lo ajeno al ensimismamiento, y de lo cual el sí-mismo, desde el origen de su ser que aparece en el mundo, también está compuesto:

Se trata de la estructura doble de todo acontecimiento. En todo acontecimiento, sin duda, hay el momento presente de la efectuación, aquel en el que el acontecimiento se encarna en un estado de cosas, un individuo, una persona, aquel que se designa diciendo: “venga, ha llegado el momento”; y el futuro y el

¹⁰ Deleuze, Gilles. *Lógica del Sentido*, 7.

pasado del acontecimiento no se juzgan sino en función de este presente definitivo, desde el punto de vista de aquel que lo encarna (...) no hay acontecimientos privados y otros colectivos, como tampoco existe lo individual y lo universal, particularidades y generalidades. Todo es singular, y por ello colectivo y privado a la vez, particular y general: ni individual ni universal. Pero ¿un solo y mismo Acontecimiento? Mezcla que extrae y purifica, y lo mide todo por el instante sin mezcla, en lugar de mezclarlo todo¹¹.

14. ¿Cuál es dicho origen? ¿En dónde se posibilita el origen de tal acontecimiento, de lo que *es* más allá de alguna idea preconcebida del Ser? Resulta evidente que nuestra observación y participación del mundo exceden nuestros conceptos y nuestras vivencias, por lo tanto, nuestras interpretaciones del acontecimiento como principio cósmico que establece nuestro ser en el mundo, nos sitúan al margen de impresiones relativas, ambiguas, volátiles, que precisamente hacen parte del destino y la trama de ese acontecer desbordante: somos engullidos por el devenir de las circunstancias que transforman al espacio y al tiempo del mundo. Siendo así, la apertura que nuestro ser tiene hacia el mundo mientras existe es permanente, está en perpetuo movimiento, en tanto esa condición móvil de lo relativo fundamenta nuestra propia condición vital. Somos seres de tendencias naturales a la inestabilidad: certeza-incertidumbre, salud-enfermedad, alegría-tristeza, razón-ficción, cuerpo-ideas. De allí que la definición por excelencia de acontecimiento sea lo ilimitado, lo incontenible, el puro devenir espontáneo, la transformación de lo establecido, la ruptura de la identidad, la coherencia de lo contradictorio, el sentido de lo paradójico, de la asimilación de lo innominado:

Se trata de querer el acontecimiento, sea cual sea, sin ninguna interpretación, gracias a un «uso de las representaciones» que desde el principio acompaña a la efectucción del acontecimiento mismo asignándole el presente más limitado posible: en un caso, se va del presente cósmico al acontecimiento aún no efectuado; en el otro, del acontecimiento puro a su efectucción presente más limitada. Y, sobre todo, en un caso, el acontecimiento se vincula con sus causas corporales y su unidad física; en el otro, el acontecimiento se vincula con su casi-

¹¹ Deleuze, Gilles. *Lógica del Sentido*, 110.

causa incorporea, causalidad que recoge y hace resonar en la producción de su propia efectuación.¹²

15. Tal fluctuación del puro acontecer que deviene sobre todo lo real y despliega su naturaleza trastornadora sobre el tiempo y el espacio, es una propiedad inherente a la constitución íntima de la estructura del mundo. De tal correspondencia entre la materia indócil y sus fluctuaciones deviene las manifestaciones de los fenómenos y sus consecutivas representaciones. Dicho juego de reflejos y ocultamientos tiene la propiedad de evadir la eternidad del Ser por el de sus derivados *siendo, sido, es y será*. Tal es la simultaneidad del acontecimiento, que se descubre repleto de un paradójico presente que se fuga en múltiples causas y se desvanece en constantes efectos, pero que abarca la totalidad de lo expresado.

¹² Deleuze, Gilles. *Lógica del Sentido*, 105.

Capítulo 2:

Del cuerpo como naturaleza primordial del acontecimiento

Después de todo —pero después de todo— sólo se trata de acostarnos juntos, se trata de la carne, de los cuerpos desnudos, lámpara de la muerte en el mundo (...) Se trata de mi cuerpo al que bendigo, contra el que lucho, el que ha de darme todo en un silencio robusto y el que se muere y mata a menudo.¹³

1. El primer lugar en el que nos podemos referenciar para dar cuenta de que existimos en el acontecer del mundo, de que existimos como un ser-ahí que está aconteciendo, es el cuerpo. Vivir en el cuerpo es el origen de vivir en el mundo, es decir, estar en un espacio y un tiempo que nos resulta familiar y sensible, que experimentamos como un vivencia irrefutable y cercana. Sin corporeidad, todo entendimiento carece de contenido y de contenedor.

2. Si tenemos presente la inevitable certeza de nuestra existencia, su naturaleza finita y circunstancial -que es la propia vida humana en que cada ser individual de la especie se representa, con sus avatares históricos, temporales y materiales-, resulta evidente que el primer centro de expresión y nacimiento de nuestras conciencias, el origen de nuestras experiencias, del entendimiento y las percepciones que tenemos del mundo, es el cuerpo. Podemos afirmar con Spinoza que *“nadie sabe cuánto puede un cuerpo”*, o en palabras de Deleuze:

Spinoza propone a los filósofos un nuevo modelo: el cuerpo. Les propone instituir al cuerpo como modelo: “No sabes lo que puede el cuerpo...”. Esta declaración de ignorancia es una provocación: hablamos de la conciencia y de sus decretos, de la voluntad y de sus efectos, de los mil medios de mover el cuerpo, de dominar el cuerpo y las pasiones, pero no sabemos ni siquiera lo que puede un cuerpo. A falta de saber, gastamos palabras. Como dirá Nietzsche, nos extrañamos ante la conciencia, pero *más bien el cuerpo es lo sorprendente*.¹⁴

3. El cuerpo es el medio con que nos vinculamos como acontecimiento del mundo en el mundo, es en donde conocemos y padecemos las leyes de la naturaleza y es mediante él

¹³ Sabines, Jaime. *Recuento de Poemas – 1950-1993; Después de todo* (Madrid: Visor Libros, 2014). 51.

¹⁴ Deleuze, Gilles. *Spinoza: Filosofía Práctica*. (España: Tusquets Editores, 1984). 27.

en donde se expresan los valores, memorias y culturas de las comunidades de los hombres. Es en el cuerpo en donde acontece la percepción del mundo, en tanto es en él en donde deviene el espacio y el tiempo, lugar e historia simultáneamente. ¿Cómo podemos integrar al Cuerpo y a la Idea sin escindirnos en el intento? Digamos que somos eternos como eterna es la energía que somos, digamos a la vez que somos un cuerpo, con la finitud que esto contrae. No somos dos cosas diferentes, somos una y la misma cosa:

[...] y el intelecto es forma de formas, así como la sensibilidad es forma de las cualidades sensibles. Y puesto que, a lo que parece, no existe cosa alguna separada y fuera de las magnitudes sensibles, los objetos inteligibles – tanto los denominados abstracciones como todos aquellos que constituyen estados y afecciones de las cosas sensibles– se encuentran en las formas sensibles. De ahí que, careciendo de sensación, no sería posible ni aprender ni comprender. De ahí también que cuando se contempla intelectualmente, se contempla a la vez y necesariamente alguna imagen: es que las imágenes son como sensaciones solo que sin materia.¹⁵

4. El cuerpo es nuestro conducto hacia el mundo y es la existencia que nos otorga el mundo: es donde acontecemos en el origen y en el final de nuestro devenir, es el lugar donde el ser que somos responde a la pregunta de “¿*dónde estamos?*”. El cuerpo es la puerta abierta de la experiencia que nos atraviesa y nos impregna del devenir del mundo -a través de nuestros sentidos, emociones, razones y circunstancias-, que transforma nuestras vivencias y posibilita que seamos potencia, acontecimiento y artífices de la experiencia creadora que representa al mundo mismo: el cuerpo es el lugar donde nuestro ser-ahí se encuentra con su existencia y la existencia de lo otro.

5. Al caminar, nadar, correr, sentir y respirar, al enamorarse y besar, al llorar, cantar y reír, al enfermar y sanar, se *está* y se *con-vive* con el cuerpo. Todo ser humano que se sabe vivo en el mundo de la existencia, tiene rostro, piel, lengua, cerebro, vértebras, corazón. Es desde esa experiencia vital inherente e insustituible que sabemos con certeza que estamos en el mundo, de que existimos a pesar de nuestras suposiciones, de que nuestras percepciones se construyen sobre vida y no sobre la nada.

¹⁵ Aristóteles. De Anima. Obras I y II. (Madrid: Gredos, 2007.) III, 8.

6. La intención de huir de la finitud, la muerte, la enfermedad y la transitoriedad, es el elemento central para construir plataformas que permitan catapultar nuestra existencia a planos trascendentes, donde tejemos mundos que suelen alejarse de la vida en esta tierra y de nuestros cuerpos. Es decir, si bien nuestros pensamientos y razones nos atraviesan, su lugar de origen es el cuerpo, somos cuerpo. Por tanto, nuestro cuerpo es la materia prima de nuestro sentido fundante: percepciones, emociones, razones, ideas y sueños. Es lo descartado por la razón lo que permite que exista algo que llamamos razón, aun así, insistimos en considerar la mente, el yo, el alma o el espíritu, como algo supra corpóreo:

Los seres humanos hemos inventado la metafísica para poder hacer frente al temor de vivir en un mundo incierto. Tenemos miedo al devenir, al cambio, a las transformaciones... Nos angustia el tiempo, el envejecimiento, la caducidad, la enfermedad, la muerte, la nada... Tenemos miedo, en una palabra, a nuestra condición corpórea. *Tememos al cuerpo*. Toda metafísica es, en último término, como ya se señaló con agudeza Nietzsche, un *combate contra el cuerpo*. Los metafísicos son *los grandes despreciadores del cuerpo*.¹⁶

7. La existencia humana y cualquier expresión de su paso por la vida, tiene su inicio en el cuerpo, tanto en pensamiento, como en sentimiento o acción. Es por sus facultades fácticas que pensamiento, sentimiento o acción no son conceptos vacíos, sino que son hechos. Es por el cuerpo que se convierten en “*pensar*”, “*sentir*” y “*actuar*”. El hacer consciencia de este hecho es costoso para el hombre que desea vivir en la morada de los dioses sin pasar por la humildad grandiosa de ser un cuerpo:

Mientras vive, el hombre, que es espíritu hecho forma en un cuerpo, tiene necesariamente ciertas pasiones, deseos, y un flujo de "energía vital", o en lenguaje de más fácil comprensión, "energía nerviosa". En y por sí mismas, estas características no son buenas ni malas, sino apenas algo que se ha dado a la vida humana y es inseparable de ella. Todos los hombres y las mujeres tienen pasiones, deseos naturales y nobles ambiciones, y también una conciencia; tienen sexo, hambre, temor, enojo, y están sujetos a enfermedades, dolores, sufrimientos

¹⁶ Mélich, Joan. *Ética de la Compasión*, 53.

y muerte. La cultura consiste en producir en armonía la expresión de estas pasiones y deseos.¹⁷

8. Negar-se da como resultado infinitas y repetidas neurosis, además de las consabidas dualidades que no permiten una unidad creativa y viva, que pueda suscitar, a su vez, diversidad en los modos de habitar y presenciar el mundo. La inmovilidad es el resultado, inmovilidad creada por el miedo a dar paso al cuerpo y con él a la aceptación de la finitud. De aquí, tal vez, surge el afán de erigir normas inamovibles, morales intransigentes y dogmas asfixiantes que brinden estados ilusorios de seguridad contra el miedo que nace en el propio corazón.

9. A pesar de esta evidencia que constituye la raíz de la existencia misma, gran parte de la tradición de las ideas filosóficas de Occidente han estipulado el trabajo sobre el reconocimiento del cuerpo como una tarea suplementaria, tarea que no alcanza a asumirse en lo meramente teórico. Retomar tal tarea implica reconocer las posturas eclipsadas que se han aventurado a disertar frente a la corporeidad inherente que constituye a nuestra especie: es decir, habitar el cuerpo no desde la trascendencia del ser, sino desde la inmanencia de su ser:

La experiencia íntima del propio cuerpo es la expresión inmediata del hecho primario de existir, de estar existiendo, y a ella pertenecen en consecuencia todos los posibles modos concretos, unos en la línea del bienestar, otros en la del malestar, en que se realiza ese hecho radical de la existencia humana. Aunque para nombrar el sentimiento de mi estar, yo, movido por un hábito mental y verbal de la cultura a que pertenezco, lo refiera al término tradicional 'alma'. Sin cuerpo, ni el español usaría el tópico giro verbal 'me alegro en el alma', ni Cristo hubiese podido decir -en arameo, si nuestra traducción es fiel- 'triste está mi alma hasta la muerte'.¹⁸

10. Rastrear el punto de quiebre en donde se rasga al cuerpo del espíritu, en la construcción de nuestro conocimiento sobre la experiencia del mundo, requiere primero que nos aventuremos a dudar de la idea de división y jerarquía, que es aquella que justifica

¹⁷ Yutang, Lin. La importancia de vivir (Argentina: Editorial Sudamericana, 1943).15.

¹⁸ Laín Entralgo, Pedro. ¿Qué es el hombre? Evolución y sentido de la vida (Madrid: Ediciones Nobel,1996). 55.

la idea de antagonismo, de castigo y control de unos sobre otros —razón sobre sentimiento, idea sobre emoción, abstracción sobre contingencia, hombre sobre mujer. Para ello, es preciso fundamentarse en la igualdad fáctica que proviene del *devenir*, proceso por el cual la diversidad tiene lugar y tiempo, es decir, el *acontecimiento*. La realidad encarna a un sujeto que es finito, anodino, pasajero, pero que a la vez es protagonista, puesto que cada ser humano cuando es arrojada al mundo, requiere realización biológica: se teje de una materia sintiente, se recubre de existencia y moléculas de carbono e hidrógeno, deviene en cuerpo compuesto de canales sanguíneos y energía, dotado de ideas y antecedentes históricos, y con una tendencia particular hacia el porvenir:

No existe “condición humana” porque realicemos nuestra naturaleza, o porque lleguemos a ser lo que somos, o porque la llevemos a buen puerto, sino por todo lo contrario, porque *no* lo hacemos, porque queremos *ser de otro modo*, porque *no queremos ser lo que somos*. Y no queremos serlo porque no nos satisface el mundo heredado, porque somos seres finitos con deseos infinitos.¹⁹

11. La idea de división y jerarquía que se manifiesta en todos los rostros y actitudes humanas —en la diferencia vertiginosa que desemboca en aislamiento, crueldad, competencia y egoísmo—, fragmenta toda posibilidad de convivencia. Hasta ahora, sigue anónima la pregunta por la génesis de la idea de la división del individuo: ¿cuál fue la primera división? O mejor, en las fronteras interiores de cada individuo ¿Dónde brota la ruptura primigenia de la división? ¿En dónde guarda en su interior los límites de lo que es y debe ser bueno o malo? Lo que llevaría a preguntarnos por la representación de su mundo: ¿cuál es la percepción que tiene de sí mismo? ¿Es lo que dice que es o está dividido con respecto a lo que es? ¿Qué valora ese sujeto en sí mismo y en los demás? ¿Desde dónde vive, percibe, juzga, razona y actúa? Y si de ello deviene la multiplicidad de toda la humanidad, entonces, ¿Qué nos conforma? ¿Qué somos entre todos? ¿Quién es cada uno?

12. Una vez la pregunta fundamental del acontecimiento — “¿dónde estamos?” — se ha fracturado y surge la violencia de la nada contra el ser del mundo y los seres que viven en él, la existencia se trastorna en ideas que sofocan a la naturaleza del lugar de la

¹⁹ Mélich, Joan. *Ética de la Compasión*, 40.

existencia: en los prejuicios instaurados frente a cada una de las “razas” humanas que pueblan el mundo; en el trato inicuo hacia la mujer; en la escasa o nula validez que tiene el sentimiento frente a la razón; en los tipos de educación; en las dualidades de bueno y malo, feo y bello, el mundo de las ideas y el mundo de las cosas, objetividad y subjetividad, ciencia y fe; en lo que gastamos nuestra vida para coleccionar indefinidamente expresiones del fenómeno, y siempre, aquello que inherente al acontecimiento queda por fuera: lo que con el juicio crítico de la razón absoluta rechazamos.

13. Producto de ello, es que devengamos en un mundo que nos acontece como algo roto. Somos herederos de las ideas o anfitriones solitarios en el mundo sensible de las cosas, estamos en guerra, soslayados en nuestro propio acontecer: nuestra vida se convierte en un campo de batalla, disputando nuestro propio ser con el ser de los demás, aprisionada la existencia humana, asfixiada en la dualidad que nos impone la imposibilidad de la eternidad en la mortalidad. Sin embargo, en nuestro acontecimiento genuinamente vital, siempre la existencia fáctica de nuestro cuerpo quedará por fuera de nuestro entendimiento dual de la realidad:

Los seres humanos fabricamos “ámbitos de inmunidad”, algo así como una especie de “máscaras” que nos proporcionan alivio frente a la experiencia de lo indomable, frente a todo aquello imposible de resolver técnicamente. Las máscaras son artefactos protectores, envolturas, receptáculos físicos o simbólicos que sirven de cobijo, son los referentes que nos proporcionan un ámbito estable en un universo en constante transformación.²⁰

14. Despreciamos el cuerpo del mismo modo que despreciamos la tierra: “*a veces nos ponemos demasiado ambiciosos y desdeñamos la tierra humilde, pero generosa.*”²¹ Del mismo modo subestimamos todo lo que nos recuerda la finitud de nuestro paso por la vida como la conocemos. La filosofía occidental es, en su mayoría, un pensamiento de las alturas, no de la vida que realmente experimentamos en lo que somos: y lo que somos es un cuerpo que además de razonar, siente, experimenta, percibe y sueña.

²⁰ Mélich, Joan. *Ética de la compasión*, 31.

²¹ Yutang, Lin. *La importancia de vivir*, 17.

15. La idea de poder y control de unos sobre otros nace de la idea de *división, jerarquía y destino*, de existencias humanas egoístas que viven un *mundo-privado* acosta de la muerte del *Mundo-de-lo-Otro*. Se justifica en las causas de perfección y virtud, en los “grados” *de-ser*, en las razones de evidencia y peso, pero en la práctica de los hechos, a pesar de la preponderante concepción que tenemos de lo material como recurso primario del mundo y fuente de la riqueza de las naciones, el cuerpo no es apreciado: no se tiene en buena estima el lugar donde nos ocurre la vida.

16. El resultado: habitamos en una gramática descarnada de acontecimiento vital, establecemos vínculos con el mundo desde una relación vulgar, burda y violenta. Habitamos el cuerpo sin ninguna ética ni estética del devenir de la existencia: la guerra es el desenlace del desprecio contra el cuerpo, de la agresión contra la vida, basada en la beligerancia de las ideas sin cuerpo. El ser que se nos otorga, en lugar de ser parte del mundo, se convierte en dato cuantificable, en quimera belicosa:

Si ésta es [o se establece como un] componente primordial del ser, entonces de la guerra surge la estructura misma de la existencia y nuestra manera de pensarla: nuestras ideas del universo, la religión o la ética; la guerra determina los patrones de pensamiento de la lógica aristotélica de los opuestos, las antinomias kantianas, la selección natural de Darwin, la lucha de clases de Marx, incluso la represión freudiana del ello por parte del yo y el superyó. Pensamos en términos de guerra, nos sentimos en guerra con nosotros mismos y, sin saberlo, pensamos que la depredación, la defensa territorial, la conquista y la interminable batalla de fuerzas antagónicas son la base misma de la existencia.²²

17. Por eso, con respecto a nuestro cuerpo, su reconocimiento, su importancia y su determinación vital en el mundo, ocurre la mayoría de las veces sólo cuando surge la enfermedad: “*si no duele, no existe*”, pensamos. Desde allí es sencillo comprender nuestro malestar frente a la corporeidad que nos compone: anhelamos el estado de salud que entendemos como ausencia de dolor. Y abusamos de la salud confundiendo a ésta con el mundo imperecedero de las ideas: “*vivimos con la extraña sensación de que nunca somos los dueños de nosotros mismos.*”²³

²² Hillman, James. Un terrible amor por la guerra. (México: Editorial Sexto piso. 2010). 12.

²³ Mélich, Joan. Ética de la compasión, 37.

18. Apelamos al martirio, a la destrucción del cuerpo como la ofrenda más sublime: entendemos el bien como el resultado de un sacrificio y el mal como la consecuencia de un placer.

19. Aun así, no logramos respetar y empatizar con la existencia del otro: “*si no es mi dolor, no existe*”, “*si no lo siento yo, probablemente es mentira*”, “*si no es nuestro asunto, no es nuestro problema*”, “*si ocurre así, es porque se lo merecía*”. ¿Por qué el individuo no siente en su cuerpo a los otros individuos? ¿es porque no puede sentirlo, o no le apetece sentirlo?

20. Una respuesta hartamente común, irreflexiva -más bien, *insensible*- por lo general, es que somos seres cuya existencia es “mente infinita atrapada-castigada en cuerpo corruptible”. Una mente, que, a pesar de ser eterna, única e inmutable, no entiende lo-otro, aquello que no sea esa mente única y pensante: ergo, una mente solipsista, no-conectada al devenir del mundo, escindida de la mente *arquetípica* del mundo, una mente enfrascada en una mismidad aislada del cuerpo, que, aunque siente al mundo, lo padece y lo contempla, lo que percibe accesorio a la realidad.

21. Dependiendo de la época de Occidente, de las variaciones del espacio y del lugar de sus procesos históricos, la mente se ha nombrado como Espíritu (*Pneuma*), Psique (*Psyché*), Alma (*Ánima*) y Luz (*Leukós-Lux*), entre muchas otras nominaciones similares: lo claro es que la mente es algo envasado en otro algo corrompido y finito, con ese cuerpo que no hace parte de la identidad de la naturaleza inherente a la persona, sino con ese cuerpo vulgar que se padece, que es cárcel y yuga de la mente, desde el nacimiento hasta la muerte: ni la mente ni la conciencia son un brazo, no posee corazón ni estómago, ni piernas o bazo, aunque existencialmente devenga en mundo en donde sí los tiene, sí los trae consigo, pero insiste en que no es ninguna de esas cosas, ni siquiera considera ser la reunión de todas ellas.

22. La vida y la muerte le pertenecen al cuerpo. La percepción del mundo le pertenece al cuerpo. Las formas de la naturaleza disgregadas por el espacio, vivas o muertas, están constituidas por un cuerpo que las hace manifiestas. Digo cuerpo cuando quiero decir

alma, digo alma cuando me refiero al cuerpo. Cuerpo y alma son una y la misma cosa: el verdadero dolor o éxtasis no radica en que muera una parte de esa unidad y no sepamos que ocurre con su otra mitad, sino en la extinción de esa totalidad que nos constituye:

El placer no reside en un en un objeto hipotético, imposible de alcanzar, siempre frustrante, sino en la dimensión radicalmente real, visible y expansiva del mundo. El libertinaje [de la percepción] invita a descubrir el puro goce de existir, de estar en el mundo, de vivir, de sentirse energía en movimiento, fuerza dinámica. También en el terreno amoroso, sensual o sexual. Ampliar el ser a las dimensiones del mundo, condescender a las voluptuosidades de la vitalidad que nos atraviesa permanentemente: he aquí el arte de esculpir el tiempo, de convertirlo en un poder cómplice.²⁴

23. La vida acontece con una constante: la transformación del devenir, que no toma en cuenta los aferramientos del Yo, puesto que los pulveriza en el tiempo. El cuerpo es un flujo de continuidad y formas sucesivas de habitar y estar en el mundo, es nuestra potencia prima en donde su radical movilidad dota de sentidos la esencia de lo cotidiano: belleza, fealdad, placer, dolor, tortura, apetito, pasión, decisión, acción, intuición, memoria, discurso, expansión y contracción. Es esa voluptuosidad del momento la que constituye nuestro sentido estructural y cognitivo de la existencia.

²⁴Onfray, Michel. Teoría del cuerpo enamorado. (Valencia: Pre-textos, 2002). 148.

Capítulo 3:

Devenir en el instante: reflexiones sobre ética.

1. ¿Cómo podemos hablar de ética? ¿De qué ética puede hablarse en un cuerpo sin cuerpo, en una idea sin realidad, en un espejismo sin espejos? Hablamos de la ética de las ideas, de los valores, de los deberes, de la utilidad, de la moral o de la armonía social, pero no hablamos de la ética de los gestos, de las experiencias, del devenir de las pequeñas acciones, de las caricias y del contacto humano:

Se observa en nosotros, pues, debido a nuestra condición corpórea, una fractura, un hiato. Cada ser humano está escindido, es un ser en el que su naturaleza no coincide con su condición, aunque la condición necesite de la naturaleza para poder ser. Somos naturaleza - lo que nos han dado, lo que nos han hecho, lo que nos hemos encontrado, lo que hemos heredado -, pero queremos ser lo que *no* somos, lo que deseamos, queremos ser *de otro modo*. Esta tensión entre “lo que hemos heredado” y “lo que deseamos ser”, este hiato entre el “mundo” y la “vida”, esta imposibilidad de ser plenamente sólidos y coherentes, es lo que caracteriza a la condición humana corpórea.²⁵

2. La trampa del sentido, que pretendemos instaurar sobre lo que el mundo debiera ser más allá de lo que es, está en la inadecuación del objeto a la cosa que representamos con nuestras palabras. Una vez que nos encargamos con las palabras mismas de delimitar nuestra posible experiencia y percepción de la realidad, de súbito nos vemos desbordados por la naturaleza extensa de la cosa, en donde las palabras no logran detenerla:

En la página de un libro ilustrado, uno no tiene la costumbre de prestar atención a ese pequeño espacio blanco sobre las palabras y debajo de los dibujos, que sirve de frontera común para incesantes pasajes porque es ahí, en esos pocos milímetros de blancura, sobre la calma arena de la página, donde se traman entre palabras y formas todas las relaciones de designación, de nominación, de descripción, de clasificación.²⁶

²⁵ Mélich, Joan. *Ética de la Compasión*. 2010. 42.

²⁶ Foucault, Michel. *Reflexiones sobre Magritte*. (España: Editorial eterna cadencia, 2008).18.

3. Por lo tanto, es menester ver que la negación se origina sobre la idea y se transfiere impositivamente sobre el cuerpo: la negación se da sobre la nada más que sobre el ser existente; por eso, negar la palabra no anula en cuanto tal a la vivencia y sensación sobre la cosa que es en sí-misma, ni tampoco anula la capacidad del lenguaje de nombrarla, sólo que enjaula a la cosa en su concepto-cárcel, aunque a pesar de ello no deje de ser en su totalidad, la cosa existente. Es decir, aquello que es, el lenguaje lo vincula ante nosotros, no obstante, el lenguaje no lo determina en su juicio:

Así, hay palabras que remiten, mejor o peor, a cierta realidad; y otras que prescinden, llegado el caso, de toda referencia a cualquier realidad. Ahora bien, a veces se produce un lenguaje constituido por completo, o principalmente, por estas palabras, extrañas o indiferentes a lo real. Un lenguaje semejante puede definirse como lenguaje grandilocuente. La grandilocuencia es sobre todo una especie de accidente del lenguaje, un deslizamiento, un patinazo cuyo efecto radica en traducir lo real con palabras que han perdido visiblemente toda relación con él: un lenguaje fallido, más o menos en el sentido en el que los psicoanalistas, cuando evocan los lapsus o ciertos defectos de la memoria, hablan de actos fallidos -un lenguaje fallido en el sentido de que echa a perder lo real-.²⁷

4. Quizás una respuesta adecuada a esta situación sea el salto hacia una ética desde la inmanencia, basada en la ontología del acontecimiento: ese lugar indeterminado en permanente construcción y desmoronamiento, ese tiempo volátil y ese lugar inestable de la contingencia. Una reflexión ética que considere los lugares y los tiempos de la existencia como expresiones intermitentes y parciales de su libertad, que exigen atención y presencia constante, que se hacen y se rehacen en el devenir de la vida.

5. Lo circunstancial no permite fórmulas inmóviles, esas fórmulas que se establecen antes o después de la experiencia deben movilizarse para dar cabida a lo real. Lo real en la existencia humana es su condición de cuerpo, conformación orgánica que es tanto receptáculo como productor de sensaciones, emociones, pensamientos y acciones. Es por esa condición corpórea que la persona se hace parte de los otros, y a su vez, se diferencia de los otros: el cuerpo es tanto construcción simbólica individual y colectiva. Como estructura psicosomática, en el cuerpo humano habitan todas las potencias de la libertad

²⁷ Rosset, Clement. Lo real tratado de la idiotez, 110.

de la acción y del pensamiento, logrando incrustarse en el acontecimiento para comunicar su acaecer sinuoso:

Ahí, el sabio espera el acontecimiento. Es decir: comprende el acontecimiento puro en su verdad eterna, independientemente de su efectuación espacio-temporal (...) Pero, también y a la vez, simultáneamente, quiere la encarnación, la efectuación del acontecimiento puro incorporal en un estado de cosas y en su propio cuerpo, en su propia carne: (...) encarna el acontecimiento en el presente más limitado posible, el más preciso, el más instantáneo, puro instante captado en el punto en que se subdivide en pasado y futuro (...) Ya no se va del presente más grande hacia un futuro y un pasado que sólo se dicen de un presente más pequeño; al contrario, se va del futuro y del pasado como ilimitados hasta el presente más pequeño de un instante puro que no cesa de subdividirse. Así es como el sabio no sólo comprende y quiere el acontecimiento, sino que lo representa y por ello lo selecciona; es así como la ética del mismo prolonga necesariamente la lógica del sentido.²⁸

6. Las preguntas surgen: ¿qué cambiaría en nuestro pensar, sentir y hacer, el hecho de que conociéramos al cuerpo, ya no como un transporte de nuestra alma, sino como el alma misma conformada por su propio acontecimiento en el mundo? ¿Implicaría, como primera medida, una atención íntima a las funciones de nuestra corporeidad, a la valoración del cuerpo como lo que nos hace realmente potencias acontecimentales de la existencia y a la vez, ejes de libertad en movimiento?

7. Cuando revisamos nuestra escala de valores axiológicos, es menester resaltar lo siguiente: compasión, amor, esperanza, miedo, ira, dolor, son conceptos nacidos de la experiencia sensible. Todos ellos acontecen como presencia corpórea, en tanto no son sucesos abstractos, sino que obedecen a las circunstancias y contingencias que nos atraviesan como individuos, que transversal al paso del tiempo que nos transforma (la formación histórica y experiencial de la conciencia), van conformando una gramática con la que definimos nuestros estados afectivos, nuestras acciones y motivos, nuestras reflexiones y recuerdos, nuestras ideas y pensamientos.

²⁸ Deleuze, Gilles. *Lógica del Sentido*, 106-107.

8. Nuestros sistemas gramaticales, el entendimiento conceptual que empleamos de la realidad humana, están atascados en dialécticas que naturalizan la enfermedad y la confusión. Hablamos de pobreza, de corruptibilidad, de incapacidad, de fatalidad y finitud, y sin embargo, en la misma medida en que *Cronos* nos devora y *Gea* nos descompone, el devenir que nos constituye como seres del mundo, integra en el individuo potencias fácticas, realizables material y psíquicamente con su entorno ecosistémico, siendo su vínculo con el mundo una pluralidad de facultades en virtud de las capacidades de su corporeidad: correr, actuar, simular, memorizar, aprender, hablar, pensar, sentir, amar, engendrar.

9. Esto es la bella función de la doble integración-desintegración, en tanto que como concepto anula la movilidad y determina cierto espectro/aspecto de la apariencia del fenómeno; en tanto que como cosa, sigue siendo en su completa naturaleza, independiente del nombramiento. La palabra no es pues, la cosa en su naturaleza íntima, sino que es un punto de referencia para aproximar nuestro pensamiento hacia ella. Cuando generamos un concepto sobre algo, no lo hacemos con la finalidad de delimitar la esencia de lo que algo es, sino que más bien remite a poder situarnos frente a ella. Si nuestras palabras niegan la corporalidad o la subestiman, determinan nuestra comprensión ante aquello manifiesto por lo cual accedemos al mundo, más esa determinación no corresponde ni proviene del mundo mismo:

Todos hemos aprendido a través de Heidegger que ese “*ser-ahí*” no tiene un carácter objetivo (...) por supuesto, la expresión [*ser- ahí*] caracteriza la vivencia del cuerpo. Sea como fuere, el punto decisivo radica en que en ese “*ser-ahí*” está presente el hombre en su entrega, en su apertura y en su receptividad espiritual para lo que sea necesario. Los griegos (debo disculparme por utilizar, a cada paso, esas bellísimas palabras griegas) tenían para designar esto la palabra *nous*. Originariamente, este término designaba el husmear del animal salvaje cuando no siente otra cosa que “ahí hay algo”. En el caso del hombre, significa el poseer esa enorme posibilidad de entregarse, de dejar “*ser-ahí*” a lo demás.²⁹

10. La ética immanentista se basa en el acontecimiento, puesto que las nociones que de ella emanan, como los son la vitalidad, la facticidad, la percepción o la vivencia, obedecen

²⁹ Gadamer, Hans-Georg. *El Estado Oculto de la Salud*. (España: Editorial Gedisa. 1996). 90.

al ritmo de la vida y no la correspondencia de lógicas descarnadas y de fórmulas inmutables:

En lugar de decir que la ética es la investigación sobre “*lo bueno*”, podría haber dicho que la ética es la investigación sobre lo valioso o lo que realmente importa, o podría haber dicho que la ética es la investigación acerca del significado de la vida, o de aquello que hace que la vida merezca vivirse, o de la manera correcta de vivir. Creo que si tienen en consideración todas estas frases, se harán una idea aproximada de lo que se ocupa la ética.³⁰

11. La experiencia contingente y la finitud de la existencia humana nos propone reflexionar sobre la ética pensada desde la inmanencia de la afección, suscitando cuestiones centrales al devenir de la vida propia: ¿Qué es pensar la ética desde el cuerpo? ¿Cuál es la naturaleza de la ética? ¿Qué es actuar éticamente? ¿De qué elementos se sirve la ética para justificar o aclarar los motivos de las acciones? ¿Acaso es lo mismo hablar de ética y lógica? ¿Para qué hablar ética, para qué sirve y cómo se vive la ética en la experiencia cotidiana? Tales cuestiones remiten, antes que nada, a que como sujetos constantemente solemos replantearnos nuestra libertad de arbitrio sobre las bases necesarias para actuar y decidir frente a las circunstancias más vitales, que devienen sobre el tiempo y el lugar en que el mundo nos acontece, y por ende, de la manera en que acontecemos en el mundo.

12. Sentimos compasión en la medida en que algún acontecimiento nos conmueve y afecta, sentimos ira en la medida en que se encarna en nuestro ser la violencia, sentimos miedo de aquello que se manifiesta tangible como un terror que entra por la piel. Por tanto, todo sistema ético tiene su correspondencia real con la vida tangible, con nuestras acciones y percepciones, con lo que, en últimas, sentimos que la vida *es*. Por tanto, la base de la ética inmanente surge en la corporeidad, puesto que sólo y únicamente por el cuerpo es que nuestra existencia deviene como una puerta abierta al mundo, como un receptáculo de información y de sucesos que se sellan como improntas en la conciencia y logran develar el sentido misterioso del acontecimiento:

³⁰ Wittgenstein, Ludwig. Conferencia sobre Ética. (España: Ediciones Paidós, 2002).30.

Si el sentido no es nunca objeto de representación posible, no por ello deja de intervenir en la representación como aquello que confiere un valor muy especial a la relación que ésta mantiene con su objeto. Por sí misma, la representación mantiene una relación solamente extrínseca de semejanza o similitud. Pero su carácter interno, gracias al cual es intrínsecamente «distinta», «adecuada» o «comprensiva», surge del modo como comprende, como envuelve una expresión, aunque no pueda representarla. La expresión que difiere por naturaleza de la representación, no por ello deja de actuar como lo que está envuelto (o no) en la representación (...) La representación debe comprender una expresión a la que no representa, pero sin la cual ella mismo no sería «comprensiva» y no tendría más verdad que por azar o del exterior.³¹

13. ¿Qué es la ética? Las posibles respuestas a la pregunta se encuentran en los escenarios de la imaginación que nace de la vida que es vivida. Como a la vida, a la ética se le ronda, se le corteja y se le define en la acción ética, confiando que ella misma responda al estímulo de las intuiciones que hacia ella dirigimos: lo bueno y lo malo son resultados accidentales y vivenciales que suelen prescindir sobre las definiciones sobre el Bien y el Mal.

14. La moral, entendida como un conjunto gramatical y normativo pre-determinado, que está basado en una definición particular sobre el conjunto de los actos humanos y sus valoraciones respectivas, no supe las funciones éticas en tanto es una habituación regular a los acontecimientos del mundo, es decir, tiene preestablecidas las representaciones de lo que se supone ha de ser lo bueno o lo malo según a lo que el conjunto humano acostumbre a hacer y a creer. Por eso las prescripciones valorativas son atributos propios de la moral, mientras la ética es la estructuración permanente de esos fundamentos. Las prescripciones definitorias son costumbres morales que tienden presuponer el acontecimiento.

15. La moral por tanto es una actitud y comportamiento restringido a sus límites prescriptivos. Esto es, que, a diferencia de la ética, carece de la imaginación suficiente para idear y actuar en virtud de los actos éticos que las más variopintas circunstancias ponen en frente de la vida del ser humano. No es que la contracara de la ética sea la

³¹ Deleuze, Gilles. *Lógica del Sentido*, 106.

moral, puesto que no debe entenderse la moral desde un punto de vista meramente negativo, punitivo o normativo – en realidad sin el patrón comportamental cotidiano que exige la moral, la ética no tendría “casa” donde hacer cumplir sus mandatos-. Sin embargo, se trata de la diferencia que existe entre la constitución estructural de la una y la capacidad inventiva de la otra: esto es, la moral es el resultado de una *gramática de las costumbres comportamentales* colectivas e individuales, que se yuxtaponen sobre la capacidad del individuo para reflexionar, criticar y discernir entre la autonomía de sus actos, de lo que *acostumbran sus actos*, es decir, de hacerse responsable de sí-mismo -de la autonomía con que actúa y decide en el mundo-, de lo que debe hacerse mecánicamente como una costumbre que se universaliza sobre el mundo. La moral como estructura se consolida bajo la forma de imperativo pragmático. Por sí misma, tiende a universalizarse sobre las contingencias y las mutaciones de las circunstancias humanas que exige considerar la ética, dando por sentado el sentido de lo que acontece en el mundo.

16. Es por eso que las relaciones humanas basadas en la mera mecánica de la moral, obedecen a una inercia histórica que, a pesar de ser relativa, determinan los actos y el flujo del mundo entre lo bueno y lo malo, lo apetecible o lo rechazable. La moral, al carecer de fundamentos nacidos de la propia necesidad del individuo de entender su praxis con el entorno, da pie a la ignorancia del acto, a su mera inercia actitudinal. De esta “mecanicidad” o “burocracia” de la moral, surge parte de la naturaleza humana que se constituye como hipocresía o enmascaramiento, puesto que la moral no satisface al individuo en cuanto tal, ni tampoco define verdaderos límites éticos a sus actos, sino que se constituye a partir de gramáticas asimiladas por la norma imperativa del tiempo en la comunidad en que se exista, pero no asimiladas por el entendimiento del sujeto que las memoriza y las replica sin autonomía propia. Así, la moral está permeada y alimentada por las creencias y las fuerzas colectivas que se abstraen en ideas locales-territoriales sobre lo que es y debe ser lo bueno y lo malo en la totalidad del mundo, y que se expanden e incorporan en el individuo, independientemente de lo que éste pueda considerar desde sí-mismo. Denominamos a esa mecánica de fórmulas prescritas sobre el comportamiento -que tienden a estatizarse en tanto se universalizan-, como “gramática moral”:

La moral dicta – a través de marcos sígnico-normativos – el que va a ser y el que no va a ser considerado *humano*. Los “no humanos” no serán objeto de respeto moral, y, entonces, se situarán fuera de la protección de la ley. El resto, los que sí se hallen bajo su manto protector, no tendrán ninguna obligación (moral) respecto a la vida y a la muerte de los demás, y podrán vivir con la conciencia tranquila y evitar la vergüenza.³²

17. Si la moral, que históricamente ha estado ligada a las acciones que establece el individuo o la sociedad en base a la determinación de lo bueno y malo (esto es, las abstracciones ideales de *Bondad* y *Maldad*), entonces, ¿podría considerarse a la moral como el eje fáctico de la ética? Considerar tal vínculo, implica caer en una reducción que subyuga a la ética y la vincula a una gramática abstracta y descarnada, es decir, a la estructura de la moral y no la invención ética, convirtiendo a ésta última en una mera práctica reflexiva sobre lo supuesto y no sobre lo acontecido, puesto que, aunque parezca difícil de diferenciar en la práctica, los actos morales son sustancialmente diferentes de los actos éticos:

La moral es una gramática, esto es, un conjunto de signos y de hábitos, de normas de decencia y de costumbres propio de una cultura en un momento determinado de su historia. La gramática moral es una óptica, una visión del mundo y sus habitantes, una visión que supone, por una parte, una adecuación al mundo, pero, por otra, un atentado contra la vida, por la sencilla razón de que si hay vida, hay también inevitablemente disonancias, ambigüedades, excepciones, y eso es justamente lo que la lógica moral no soporta (...) en la vida *no* todo encaja, no todo puede encajar, precisamente todo lo contrario de lo que la lógica de la moral pretende hacernos creer.³³

18. ¿Por qué la moral tiende a creerse como una disposición universal de la conducta humana? En realidad, en la práctica no lo es, en tanto legítima la disparidad del sentido humano de la existencia. La moral está enraizada en el control de las acciones, no en el devenir asertivo o adecuado de las acciones, puesto que se encarga de definir códigos normativos relativos a intereses particulares-colectivos. Dentro de la moral se establece una distinción imposible para la ética: quién es humano y quién no lo es, de modo que

³² Mélich, Joan. *La lógica de la crueldad*. (Barcelona: Editorial Herder, 2014). 14.

³³ Mélich, Joan. *La lógica de la crueldad*, 47.

aquello que “*no es humano*”, a pesar de ser humano, no existe dentro del universo de consideraciones sobre lo que lo-otro pueda llegar a ser o simplemente es. La moral es un sistema de inclusión y exclusión, sin embargo, de aquello o de aquel que es excluido, también se espera una conducta posible: que pueda ser explotado, usurpado, asesinado o abusado, por ejemplo, sin que por ello se considere como algo deleznable, malvado o “inmoral”.

19. La moral, por tanto, cuando se presenta como mera gramática mecánica del comportamiento, legitima la expoliación del otro, sea cual sea su condición vital, y, además, salvaguarda al sujeto de la maldad o la iniquidad que de ello sus actos produzcan: la moral dictamina lo que se debe hacer de antemano en las relaciones comportamentales, puesto que exige que, sean cuales sean sus disposiciones, deban ser cumplidas. La moral es una legalidad que permite al individuo vivir consigo mismo sin la necesidad de pensar o discernir las repercusiones que tengan sus actos y a quienes puede llegar a afectar con ello: es una coraza del fuero interno. Sin embargo, la moral es innata al comportamiento del ser humano, y éste, no puede vivir sin ella, en la medida en que deviene en un mundo que ya ha preestablecido una serie de significados de la cual él hereda la gramática que le corresponda según el espacio y lugar donde acontece.

20. En la medida en que como seres acontecimentales existimos dentro de un devenir histórico y circunstancial ya dado, no podemos simplemente empezar desde una “zona cero”, ni tampoco podemos escapar sin más de lo ya establecido por la tradición del comportamiento que se hereda: estamos inmersos en una cultura y una sociedad, y ello denota obligatoriamente una conducta moral, sea la cultura y la sociedad que sea. La moral es innata a la existencia, aparece en el instante en que se acontece, puesto que señala qué es lo que se puede hacer, qué es lo que se puede pensar, qué es lo que se puede decir, qué se debe decidir, qué se debe acatar: la moral por sí-sola brinda marcos predeterminados de respuestas a las cuestiones y preguntas que puedan surgir en el devenir de las circunstancias.

21. La mecánica de la moral está circunscrita a una lógica de la crueldad, una vez determina *qué* es lo que puede ser puesto en consideración y *qué* es lo que debe ser desechado de las consideraciones de los actos humanos. La etimología de moral deviene de la voz latina de *mos-moris*, que refiere a la respuesta instintiva, y no sólo instintiva en

términos de pasiones, sino al hábito de la cultura y del espíritu, es decir, a la costumbre, que se traduce en un conjunto de normas que rigen el comportamiento, los valores, las creencias y la conducta de las tradiciones de una sociedad que establece lo aceptado y lo condenable:

¿Se puede imaginar una guerra sin imaginar primero un enemigo? Sin importar si el acento se coloca sobre la presa, la víctima sacrificial, el espíritu maligno o el objeto del deseo, es la enemistad la que moviliza la energía. La figura del enemigo nutre las pasiones del miedo, odio, ira, venganza, destrucción y lujuria, y confiere la fuerza explosiva que hace posible que exista el campo de batalla (...) Una vez que se imagina al enemigo, se está ya en estado de guerra. Una vez que se ha nombrado al enemigo, ya se ha declarado la guerra y la declaración real se torna irrelevante, un procedimiento legal.³⁴

22. ¿La ética de qué se ocupa si la moral se encarga de preestablecer conductas orientadas a fines determinados? Una ética pensada desde la inmanencia de la existencia presta atención a la naturaleza del acontecimiento, siendo lo contingente y lo circunstancial su interés primigenio. La ética señala que, como individuo capaz de acción, debes responder, pero no se ocupa de qué es lo que debes responder, porque parte del supuesto de que el *ser-ahí* del humano se está enfrentando a una circunstancia excepcional todo el tiempo. Si bien la moral habita en el humano, es decir, vive en forma de una gramática sabida, también se da que existe una ética, es decir, la excepcionalidad a la regla permanente.

23. La ética logra observar a la moral como el objeto y el contenido de su estudio, puesto que no es una realidad que se aísla en sí misma –como una abstracción metafísica justificada en la lógica del “*podría y debería ser-así*”–, sino que es una herramienta que reestructura los patrones morales en virtud de las contingencias de la existencia. Si la moral opera en virtud de un “*qué es lo que hago y qué debo hacer*” constante, la ética inmanentista se instala no sólo en el tradicional “por qué” - qué históricamente ha servido para elevar a categorías metafísicas las costumbres de las culturas-, sino que se ocupa del “cómo” y del “cuándo”. La ética pertenece a la esfera de la temporalidad con que habitamos el espacio de una manera que afecte las acciones que acostumbramos a tomar

³⁴ Hillman, James. Un terrible amor por la guerra. (Argentina: Editorial Sexto piso, 2010). 36-38.

en el espacio. Dentro de una perspectiva inmanente, la ética deja de ser mero plano racional, y se vuelve una especie de "cuidado", cuidado de sí, pero también cuidado del otro, más allá de la mera elucubración sistemática:

Entiendo por ética una relación en la que el otro, que siempre es otro singular, irrumpe en mi tiempo desde su radical alteridad. En el "acontecimiento ético" el otro me asalta, me reclama y me apela. Mi tiempo, desde este momento, se agrieta. Se produce una ruptura del tiempo propio y surge el tiempo del otro. Es en este sentido que la situación ética es *excepcional*, porque no es la excepción que confirma la regla sino la que la niega, la que la pone en cuestión. Formar parte de una situación ética es entrar en un escenario de excepcionalidad, de singularidad y de asimetría... No somos éticos porque nuestra respuesta "*pueda convertirse en ley universal*", sino todo lo contrario, porque no puede.³⁵

24. En la medida en que no nos vinculamos afectivamente con lo Otro, se destierran las propiedades estructurantes y creativas de la ética, estamos condenado a vivir en el ámbito de la moral: "*nada puede ahorrarnos la tortura de la decisión ética.*³⁶" Si no se tiene contención propia, se debe apelar a la contención prescrita en los códigos de la moral que evitan el complejo y doloroso proceso de la autocrítica y la reflexión propia, es decir, tomar conciencia de la existencia y del mundo que la rodea. Por eso, la ética es en una dimensión que se proyecta hacia el Otro, con el Otro y para el Otro. Si como individuo no se es consciente de que esa dimensión que se comparte en espacio y tiempo en el devenir del acontecimiento ocurre simultáneamente con el Otro, y que, además, la propia existencia se encuentra vinculada a lo Otro por naturaleza misma, no se puede hablar de ética. Un individuo capaz de ser ética es un individuo capaz de ser empático.

25. La ética basada en las circunstancias del acontecimiento, para no convertirse en tratado sobre moral trascendente, que determine verdades últimas o universales, exige la no-resistencia del sujeto al mundo que deviene y a sus circunstancias sinuosas. Su inmanencia radical, reveladora y práctica, está situada en lo intuitivo y no en lo proposicional descriptivo, esto es, en el *afecto*, la *empatía* y la *vinculación*. Por supuesto,

³⁵ Mélich, Joan. *Ética de la compasión*, 35.

³⁶ Jung, Carl Gustav. *Recuerdos, sueños y pensamientos*. (Argentina: Editorial Seix Barral, 2002). 386.

estas nociones no son asibles en barreras conceptuales, puesto que no se originan tanto en el intelecto como en el conjunto de la corporeidad sintiente que evoluciona según se experimenta.

26. ¿Cómo hablar de ética cuando los muros del *Yo* son tan sólidos y rígidos como los muros de la moral? Navegan ambos – el *Yo* y su gramática moral- en categorías trágicamente duales, y, además, irreconciliables. Se suele razonar en los valores morales que “*o es el individuo o es el colectivo*” “*o me salvo yo o eres tú, ergo, ¡sálvese quien pueda!*” En esa concepción rígida y dual, el otro no es un compañero, el otro es un obstáculo, es un competidor o es un enemigo, y así va escalando la pared infranqueable: deja de ser de individuo entre individuo y pasa a ser de clan en clan, de país en país, de religión a religión. En última instancia, de nuevo la disputa de “*o soy yo o eres tú, o somos nosotros o son ustedes, pero alguno debe ser y otro debe de no-ser.*” Es por eso que el *Yo* debe fracturarse para dar el salto inmanente a la realidad, para dar paso a la ética:

Estas consideraciones llevan a una discusión interesante sobre el solipsismo. La lógica, se dice, llena el mundo. Los límites del mundo son también sus propios límites. En lógica, por consiguiente, no podemos decir: en el mundo hay esto y lo otro, pero no lo de más allá; decir esto presupondría efectivamente excluir ciertas posibilidades, y esto no puede ser, ya que requeriría que la lógica atravesase los límites del mundo, como si contemplase estos límites desde el otro lado. Lo que no podemos pensar, no podemos pensar; por consiguiente, tampoco podemos decir lo que no podemos pensar. Esto, dice Wittgenstein, da la clave respecto del solipsismo.³⁷

27. ¿Cuál es la propiedad activa de la empatía que nos vincula a lo Otro desconocido del mundo? La compasión, que es una interacción afectiva de procesos mutuos entre todas las partes del ser que acontece, tanto internas como externas, tanto individuales como colectivas, de modo que logra articular, procesar y empatizar las circunstancias y las vivencias, transformando las experiencias en narrativas, sentidos y acciones que atraviesan las entrañas de los individuos, exteriorizando su capacidad de vinculación e identificación con lo absolutamente Otro:

³⁷ Russell, Bertrand. Introducción al Tractatus Logico Philosophicus. (España: Alianza Editorial, 2012).15.

Somos animales éticos porque somos finitos y contingentes, porque el sufrimiento (el propio y el de los demás) es una presencia inquietante. En último término, la ética no tiene sentido ni por su fundamento (que no posee), ni por su normatividad (puesto que no da normas), sino por la compasión. Al margen de los órdenes normativos vigentes en la gramática que nos ha tocado en suerte, la ética es una relación compasiva, una respuesta al dolor del otro. Bien es verdad - y esto es decisivo -, que la forma o la manera de responder a este dolor ajeno no puede establecerse *a priori*, así como tampoco podremos saber a ciencia cierta si hemos respondido adecuadamente. La buena conciencia puede ser moral, pero nunca es ética.³⁸

28. ¿Cómo fracturar a un *Yo* solipsista saturado de inmovilidad? El cuerpo sabe la respuesta: el afecto empático de la compasión, esa percepción sensitiva que comparte el dolor ajeno y encarna el reflejo y la certeza de “*ese Otro, que es como Yo*”. La *Philía* de los griegos tiene mucho que decirnos al respecto. Es el vínculo por el cual uno puede gozar la vida del otro, porque la *Philía* no solo es volubilidad emocional, sino que la *Philía* es una realidad ontológica en el acontecimiento del ser, es el saberse vinculado al mundo, y saber que el otro, si bien no es mi yo, es como yo:

La compasión no tolera la publicidad, es una respuesta íntima. La compasión no tiene nada que ver con el hecho de ponerse *en el lugar* del otro, algo, por otro lado, tremendamente altivo y orgulloso. Compasión significa acompañar y acoger, situarse al *lado* del que sufre. Por eso pueden existir políticas de piedad, pero no políticas de compasión. La piedad es compasión pervertida.³⁹

29. La ética del acontecimiento está basada en la imaginación de lo desconocido. Esto implica que se basa en la contingencia de las relaciones circunstanciales, ya que se sumerge en los avatares de la cotidianidad y de los accidentes de la vida, de manera que logra estar tejiendo constantemente lazos, aquellos lazos que emanan de la relación afectiva y que son el *cuerpo* de la integración con lo Otro, cimentados en una base de compasión, que no implica otra cosa sino un encuentro decisivo, frente a frente, en la necesidad apremiante de establecer una unión fáctica con lo Otro, unión empática, sincrónica, sustancial, vívida, y que a su vez, fundamenta el camino sobre el cómo

³⁸ Mélich, Joan. *Ética de la compasión*, 36.

³⁹ Mélich, Joan. *Ética de la compasión*, 88.

orientarse hacia uno mismo y descubrir qué hay de uno en esa realidad alterna al sí-mismo.

30. Vivir en el cauce de las circunstancias éticamente, implica que la existencia del *Yo* se diversifique y sea a su vez, la existencia de lo *Otro*, del *Tú*. Ese *Yo* sólido y moral, no tiene plena existencia, puesto que nunca se encuentra encapsulado, sino que se comparte, se construye, se destruye, se olvida y se recuerda como un sucesivo acontecer en medio de acontecimientos. Este robustecimiento de la participación del *Yo* en el entramado de finitudes, permite enriquecer al individuo en términos de libertad y acción, en términos de *Nosotros*, porque se sabe partícipe en el mundo. Existe en un Espacio y Tiempo en el cual él también participa y es agente y es potencia y es porvenir incesante, y a la vez, es espectador, es sucedáneo, es insulso, es determinante, es quimera:

Mientras vive, el hombre, que es espíritu hecho forma en un cuerpo, tiene necesariamente ciertas pasiones, deseos, y un flujo de energía vital: o en lenguaje de más fácil comprensión, energía nerviosa. En y por sí mismas, estas características no son buenas ni malas, sino apenas algo que se ha dado a la vida humana y es inseparable de ella. Todos los hombres y las mujeres tienen pasiones, deseos naturales y nobles ambiciones, y también una conciencia; tienen sexo, hambre, temor, enojo, y están sujetos a enfermedades, dolores, sufrimientos y muerte. [La ética] y la cultura consisten en producir en armonía la expresión de estas pasiones y deseos⁴⁰.

31. La ética inmanente debe partir de dos categorías fundamentales: *Espacio y Tiempo*, con todos los tiempos y las espacialidades posibles que devienen, pero que son compartidas entre todos los sujetos que existen en el mundo, los que estamos vivos aquí y ahora, sobre la misma tierra. Esto es: si el acontecimiento es absoluto devenir, la ética contempla aquello alineado a la vida misma, sea cual sea su manifestación, en correspondencia con el ser. No estamos acostumbrados ni dados para lo infinito, nuestra vida es finita, nuestra estructura es finita, atisbar y forzar el infinito a ser de nuestra propiedad es alejarnos de la vida, es rechazar la corporeidad, es rechazar el sentir afecciones, realizar acciones, padecer enfermedades, tener percepciones e intuiciones, imaginar, pensar, hablar. Es sustraerse a las herencias de la Cultura, como ese patrimonio

⁴⁰ Yutang, Lin. La importancia de Vivir, 15.

que sublima los avatares de la humanidad y desafía, retuerce, aclara, los caminos que el hombre ha tomado.

32. En la medida en que la vida manifiesta su ser a través de la vida misma - y que lo radicalmente *Otro*, independiente de su manifestación, engendra una presencia, una presencia que lo convierte en lo Otro, un *Otro* que también es una categoría de existencia tan evidente y unitaria como *el propio Yo, que es eso Otro ante los otros-*, su radical alteridad que acontece está permanentemente unida al mundo. La vida adquiere formas de consistencia y existencia que no se pueden medir sólo por la consistencia y existencia humana, pero que aun así afectan lo humano y todo lo no-humano: la vida como flujo de acontecimientos, entabla relaciones que se vinculan y coexisten, hasta el punto de intimar y fundir en el instante sucesivo a todos los seres en una serie de procesos corpóreos, afectivos y accidentales. La propia existencia del ser humano no puede concebirse sin esa relación de su propia vida con la vida de los otro, tanto de sus semejantes como del aire que respira, de las herramientas que lo ayudan, de la geografía que lo rodea, del ecosistema que lo determina. Existen muchos sujetos éticos dispersados por el mundo. Son los ríos que lo hidratan, las montañas que lo envuelven, las células vegetales que lo alimentan, los animales que lo acompañan, las flores que lo conmueven, los seres amados que lo recuerdan, las herencias de los muertos que perviven en su memoria, el nacimiento de la vida que lo mata:

Ética y estética son lo mismo. (...) de este modo el mundo se convierte, completamente, en otro. Debe, por así decirlo, crecer o decrecer como un todo (...) No cómo es el mundo, sino que el mundo es, eso es lo místico. Sentir al mundo como un todo limitado es lo místico.⁴¹

33. La ética de la inmanencia es en base un tratado sobre el acontecimiento, no entendiendo “*tratado*” como creación conceptual y sistema de pensamiento, sino tratado como “*tratar*” a la vida, para que siga el camino de la vida. Es decir, la ética está por encima de decretar racionalmente normas sobre lo que es justo, útil y legal, puesto que procura preservar la vida con las contingencias que ello representa y procura ayudar a que

⁴¹ Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus lógico philosophicus*, 6.421- 6.44/5.

el devenir de la existencia concuerde con su naturaleza: que la vida humana armonice con el devenir del mundo de la vida.

34. Como seres acontecimentales por naturaleza, el *Tiempo* y el *Espacio* no sólo son cárceles circunstanciales, ni moldes lógicos que encierran a la conciencia en un cuerpo alejado de su más pura trascendencia, sino que son posibilidades del devenir de la libertad de la existencia humana, son el origen que promueve la voluntad y su arbitrio. Nos estamos afectando siempre, nos conectamos y nos desconectamos, nos vinculamos: las huellas de la vida humana no sólo se miden en grandes tesoros, palacios y porciones de conquistas hacia la eternidad, sino que empiezan y terminan en la sutileza de la existencia compartida: las historias cotidianas, la fugacidad de las palabras, las presencias que llenan a la mañana de colores y aires, las sorpresas del día a día, el irse de paseo sin nada más que hacer que dar pasos en las aceras, alimentar a las aves libres, compartir algo de pan y vino en la boca de los otros. Esas huellas, a fin de cuentas, son las acciones éticas que emanan de la libertad pura del acontecimiento, que, en su magia de instante, están salvando el mundo:

Todo se reduce a esto: todavía no hemos dado con el análisis lógico correcto de lo que queremos decir con nuestras expresiones éticas y religiosas. Siempre que se me echa esto en cara, de repente veo con claridad, como si se tratara de un fogonazo, no sólo que ninguna descripción que pueda imaginar sería apta para describir lo que entiendo por valor absoluto (...) Es decir: veo ahora que estas expresiones carentes de sentido no carecían de sentido por no haber hallado aún las expresiones correctas, sino que era su falta de sentido lo que constituía su mismísima esencia. Porque lo único que yo pretendía con ellas era, precisamente, ir más allá del mundo, lo cual es lo mismo que ir más allá del lenguaje significativo (...) La ética, en la medida en que surge del deseo de decir algo sobre el sentido último de la vida, sobre lo absolutamente bueno, lo absolutamente valioso, no puede ser una ciencia. Lo que dice la ética no añade nada, en ningún sentido, a nuestro conocimiento. Pero es un testimonio de una tendencia del espíritu humano que yo personalmente no puedo sino respetar profundamente y que por nada del mundo ridiculizaría.⁴²

⁴² Wittgenstein, Ludwig. Conferencia sobre Ética, 50.

35. Pensar una ética construida sobre una ontología del acontecimiento, es elaborar un a vindicación de lo *vital*. Más allá de imponer una estructura prescriptiva sobre lo que la vida “no” somos o que “debe” ser imperativamente, se trata de observar y saber qué significa para la existencia humana el hecho de estar vivos. Se trata de orientar la mirada al signo y descascararlo de sus costras de significación, desembarazarlo de esas *metáforas* erigidas en el tiempo como plataformas inmóviles convertidas a la “verdad” del concepto, como quiso Nietzsche⁴³. ¿Qué es estar vivos en la naturaleza? Es pertenecer al movimiento, al brotar, el surgir, a estar supeditados corpóreamente al misterio de la espontaneidad de la aparición y desaparición, al azar y la indeterminabilidad. Desde allí es que la finitud - y el nomadismo- cobran sentido a la luz de las certezas éticas. Si fuéramos eternos, no habría que decidir, tendríamos tiempo para saber de antemano todas las posibilidades del mundo y todo quedaría resuelto, incluso antes de ser vivido:

No creo que se pueda llamar completa a ninguna civilización hasta que haya progresado de la complejidad a la falta de complejidad, y efectuado un consciente retorno a la sencillez de pensar y de vivir, y no llamo sabio a ningún hombre hasta que haya hecho el progreso desde la sabiduría del conocimiento hasta la sabiduría del alocamiento, y se convierte en un filósofo riendo, que primero siente la tragedia de la vida y luego la comedia de la vida. Porque debemos llorar antes de poder reír. De la tristeza surge el despertar, y del despertar surge la risa del filósofo, con bondad y tolerancia para todos...Al fin y al cabo, solamente una filosofía alegre es filosofía profunda; las graves filosofías de Occidente no han empezado siquiera a comprender qué es la vida.⁴⁴

36. La ética que se vive en el instante, exige que vivir a diario sea desde la espontaneidad del gozo por existir, ser presencia de la frugalidad y la fugacidad del espacio-tiempo, y sostenerse en aquello que da vías libres a la autonomía de los impulsos vitales por configurar, habitar y extender su sentido, a todas las consecuencias posibles en el mundo en que acontece la vida.

37. La ética entre instantes es un juego de lenguajes que fisuran a las dualidades de la costumbre, en tanto permanece inquieta, puesto su naturaleza es el movimiento, sea lanza

⁴³ Nietzsche, Friedrich. Sobre verdad y mentira en sentido extramoral. (Madrid: Technos, 2008)

⁴⁴ Yutang, Lin. La importancia de Vivir, 22.

a explorar, sentir, experimentar, discernir y actuar desde un cuerpo el cual pueda encarnar, gozar y padecer el devenir del mundo. La ética que fluye como brújula, se desliza sobre el espacio, regula y disipa la confusión sobre aquello que fundamenta su propia naturaleza: ver claramente cuáles son las acciones que hacen que la vida valga la pena ser vivida en cualquiera de los destinos que existan. Por eso la ética vela por la armonía del *estar*, de ese habitar del *ser-ahí* que acontece y deviene en la transformación de sus propios instantes, convirtiendo a la lógica en belleza y sabiduría para existir, que a su vez se instaure como ese fundamento de lo cotidiano, que comprende lo bueno o lo malo como fronteras sin límites de la voluntad y el albedrío humano, y se convierte en un camino que traza y esculpe en medio del flujo de los días, actos diarios que definen el rumbo a los confines de la bondad o la perversión, que se invocan y se marcan sobre el cuerpo como una historia que se escribe con fuego en el arduo metal.

38. Es en el instante humano, donde se encarnan la santidad y maldad, donde y se define nace el rostro y donde deviene como existencia arrojada a la duda. Esa duda primigenia, esa inventiva del sentido y de la vitalidad que busca cómo ha de vivirse en el mundo, para navegar sus avatares, esos laberintos de caminos que están ardiendo en los anaqueles del tiempo, en el flujo de los acontecimientos que se arrasan entre ellos, se riegan y se emanan como un todo, como extensión indivisible de la fugacidad del mundo. Finitud del eterno presente: el nacimiento de los seres que se dirigen a su inevitable a muerte, esos sinos raudos de la finitud incrustada en lo eterno.

39. ¿Qué podamos decir al respecto sobre lo bello y lo bondadoso, y su antagónico reflejo, lo corrupto y lo maligno? Son hemisferios complementarios que se reafirman en virtud de la existencia de su contrario: lo *Bello* y lo *Malo* son gemelos en la polaridad en qué acontece el mundo. Cada uno no trata de superar al otro –aunque moralmente tratemos de hacer eso en nuestras gramáticas humanas-, y no lo hacen, simplemente porque ocurren, suceden en ese instante cósmico en que tanto están presentes los enamorados en el mundo llenando al espacio de besos y poesías de amor, como se están disparando armas contra un hombre indefenso y hay niños que deambulan huérfanos por las calles. Para éste devenir inexorable, que es como una flecha lanzada al vacío y que va cabalgando sobre la existencia –ese volátil conjunto de fenómenos hechos de materia y vida-, lo bueno o lo malo no son cosas que se puedan anticipar, simplemente porque ocurren, sin previo aviso,

sin preguntar ni cuestionar; se van desplegando y ocupan todo el espacio y el tiempo. Lo bueno o lo malo se puede perseguir, evidenciar y definir, pero en su causa más esencial, toda comprensión sólo nace del hecho de que se tenga que vivirlo, padecerlo, estarlo.

40. Estamos en los linderos de ese vértigo lleno de vacío, incrustados en el delirio de la flecha, a solas con el mundo, que nos visita a diario con sus enigmáticos azares, y nos exige presencia y existencia, y nos seduce con aquello con lo que nos castiga: en esa volátil paradoja de estar sellados en la finitud y la contingencia. Acontecer con el ritmo de la vida, significa que lo bueno o lo malo sólo sean evidentes por su naturaleza en sí-misma, y por tanto, que supere todo discurso o expresión de cualquier índole, puesto que el acontecimiento se fuga por debajo de todas las representaciones -que se convierten en meros fantasmas que deambulan en el sin-sentido de tal naturaleza cósmica del devenir del mundo- y sigue emergiendo cómo algo que va echando raíces , que estructura la totalidad de las posibilidades del espacio y el tiempo. Por eso, una decisión ética es lo único que se puede prolongar en el sentido del sin-sentido, porque su estructura móvil y enraizada en los acontecimientos de la vida, pueden trazar rutas para continuar en el flujo, en el camino de las acciones del hombre que *devienen en el instante*, que buscan encontrar aquello que ocurre como ruin y oscuro, bello y bondadoso, en sí-mismo. Ese camino es la “*tortura de la decisión ética*”, porque nos insta a entregarnos durante lo que tengamos de cuerpo y vida a un *estar*, que sólo puede confirmarse por su presencia y vivencia, a pesar de las circunstancias que rodeen el acontecimiento. Por eso la ética, siendo esa decisión y cultivo de lo vital, llega a ser eso mismo por lo que morimos.

41. La ética, como vindicación sobre lo vital, remite a ser consciente de la vida y de qué significa estar vivo. Asumir una postura ética le permite al individuo saber que es individuo, le da conciencia de sí-mismo y de sus límites, puesto que tiene conciencia del otro, de lo que sea que es lo Otro. En esa medida, el individuo se dispone a una doble relación: con sí-mismo y con lo que lo rodea. Por un lado, cumple con dos funciones que son necesarias para la pervivencia de la vida: la vida en tanto adaptación y la vida en tanto perdurabilidad. En esa doble relación yace la clave del sentido vital del acontecimiento de la persona: una vez el camino es el sentido, no importa a donde llegues, ya has llegado, estás justo ahí, en el gozo, en la frui que aviva al hombre y le otorga la capacidad de hacer, por el placer de hacer. Ese placer que nace del hacer, no está

circunscrito a la utilidad del producto, pero nos permite conocernos, explorarnos, sentirnos, conectarnos, desarrollar nuestras potencias y capacidades humanas. El entusiasmo, como origen que estimula el hacer, es la raíz del sentido vital y creativo: es en el entusiasmo por vivir en donde emerge la trascendencia del instante, en donde las acciones germinan en el presente, y superan el tiempo ordinario, para instalarse en el *“pase lo que pase”* seguiré cultivando esto que soy.

CONCLUSIONES:

1. La ética, como una rama inevitable del saber y del estudio filosófico, consiste en reflexionar, fundamentar y descubrir métodos de progresión moral y espiritual, que exigen una plena conversión de lo humano, que guían una transformación drástica de su forma de ser y estar en el mundo. La decisión ética constituye una forma de vida encaminada a conocer no sólo el intelecto de la persona, sino a armonizarla mental y corporalmente con el acontecimiento del mundo, de tal manera que procure dignificar la existencia de la vida desde las acciones cotidianas que vinculan al ser humano con el *todo cósmico*.

2. La reflexión ética es una ruta práctica del saber filosófico, y en cuanto tal, implica que, en el conocimiento del devenir del mundo, esté presente en forma de una búsqueda acertada del saber en la dimensión más cotidiana en que se manifiesta la vida. La ética es la filosofía convertida en forma de vida, puesto que deviene en acción cotidiana y en intuición circunstancial, por tanto, carece en el fondo de ideología o doctrina, teniendo como materia prima a la vida por encima de la idea, al cuerpo por encima del dogma, a la experiencia por encima de la suposición, a la certeza por encima de la verosimilitud, empleando el discernimiento de la razón como medio y herramienta, no como principio y fin del sentido humano: la ética se encarga por naturaleza del acontecimiento fluctuante de las circunstancias que constituyen los entornos del individuo, y de cómo éste, una vez inmerso en ese flujo, actúa, percibe y decide desde sí-mismo todo aquello que concuerde con el sentido manifiesto de las leyes necesarias que preserven su propia vida y la de aquellos que lo rodean.

3. La necesidad de vivir éticamente implica una mirada filosófica que se funda en el asombro de los fenómenos, que constituyen y devienen en el mundo como una manifestación cotidiana del misterio de la existencia. Las relaciones pres-establecidas con éste flujo de acontecimientos determinan y conforman las experiencias humanas, que nacen a su vez de las relaciones permanentes del ser humano consigo mismo y con todo aquello semejante a él o no, en el espacio y en el tiempo que comparten en el mundo de la vida.

5. Las nociones éticas que desarrollan y fundamentan el sentido de la vida, surgen a partir de un esfuerzo que concilia los límites de la reflexión racional sobre la base de la espontaneidad acontecimental, esto es, que el intelecto adquiere forma y lugar en la praxis humana y se convierte en guía referencial de las circunstancias que conforman la estructura identitaria de la persona, en función de los atributos que considere virtuosos o perversos según los contextos y los resultados que sus actos determinen. La ética entonces se convierte en diálogo existencial, en tanto exige que el sujeto se encuentre permanentemente abierto hacia el mundo y los otros desde lo más profundo del sí-mismo y su conexión con lo real, siempre móvil y en constante fluctuación.

6. Desde una ética inmanente, la razón que justifica la naturaleza de los actos humanos evoluciona según el movimiento y el acontecimiento de circunstancias, puesto que éstas se encuentran en constante novedad y se caracterizan por ser manifestaciones múltiples e inéditas de lo que podría llegar a ser la virtud o el defecto. Por tanto, la jerarquía de valores y las gramáticas morales quedan supeditadas a la transformación de la perspectiva humana según su experiencia vital lo exija. Siendo la ética un saber fáctico sobre todo aquello que hace que la vida valga la pena ser vivida, esto implica que el significado y la visión de la existencia humana esté en permanente encuentro con el mundo, superando los límites de la costumbre en tanto cada acontecimiento renueva las relaciones cotidianas de la persona con lo Otro que lo rodea.

7. La ética es una actividad filosófica que parte del “yo” como base de trabajo, en tanto conforma la identidad de la persona en su relación con el mundo. De tal manera, la ética es un método por el cual la persona disminuye o aumenta las acciones de su propio ser según convenga el caso, pero que inevitablemente amplifica su propio estar en el mundo puesto que exige la conversión de su propia existencia en consideración con la totalidad que lo rodea y no sólo con una porción conveniente de lo que le pueda interesar personalmente, ya que por naturaleza, la ética exige tomar una postura en la cual el acontecimiento de la totalidad no le resulta ajeno al sujeto, en tanto participa y comparte con lo absolutamente otro.

8. La praxis ética por excelencia es en la convivencia. La convivencia es el primer grado de relacionamiento con el exterior de la humanidad, es allí donde surgen y están consagradas las costumbres, culturas, lenguajes y dinámicas de los colectivos humanos,

los cuales engendran a cada individuo. De esa manera, la praxis ética implica una doble diferencia, que se articula en el acontecimiento de la acción y de la situación. Como consecuencia, la ética exige el entendimiento suficiente para que el individuo tenga conciencia de sí en medio de la existencia común, asumiendo su libre albedrío entendido como la autonomía suficiente para decidir y actuar, para prometer y comprometerse, para responsabilizarse por la propia salud de su cuerpo y de su psyché.

9. Una ética fundamentada en la ontología del acontecimiento, parte del cuerpo (entendiendo al cuerpo como punto de origen de la existencia humana) y de la manifestación corporal, siendo la percepción natural del cuerpo la base sobre la cual se funda, aparece y madura la conciencia humana. Una ética del acontecimiento se compone de una reflexión racional, perceptiva y emocional, que permite al individuo desarrollar la capacidad adaptativa suficiente para sortear las contingencias del devenir de la realidad que habita. Vivir éticamente dentro de ese mundo de matices y particularidades exige la creatividad humana suficiente para transformarse en el espacio y tiempo que habita, convirtiendo su experiencia vital en relación con su entorno en una obra de arte, mediante las sucesivas series de actos virtuosos que la adaptabilidad y la relación con su entorno le permiten al individuo actuar.

10. Una ética acontecimental no puede pretender universalizar la conducta humana, puesto que no se propone realizar un tratado metafísico de las leyes del comportamiento humano. Actuar éticamente implica que el sujeto asuma su autonomía con el entorno que lo rodea, es decir, que tome conciencia de su estar y desde qué perspectiva parte para responder y actuar. En esa medida, el individuo se dispone a una doble relación: con sí mismo y con lo que lo rodea. Entonces, por un lado, cumple con dos funciones que son necesarias para la pervivencia de la vida: la vida en tanto adaptación y la vida en tanto perdurabilidad.

Bibliografía

- Mélich, Joan. *Ética de la Compasión*. Barcelona: Editorial Herder, 2010.
- Mélich, Joan. *La lógica de la crueldad*. Barcelona: Editorial Herder, 2014.
- Heidegger, Martin. *Ser y tiempo*. Madrid: Editorial Trotta, 2018.
- Heidegger, Martin. *Cuadernos negros*. Madrid: Editorial Trotta, 2018.
- Deleuze, Gilles. *Lógica del Sentido*. Barcelona: editorial Paidós, 2005.
- Deleuze, Gilles. *Spinoza: Filosofía Práctica*. Barcelona: Tusquets Editores, 1984.
- Rosset, Clement. *Lo real tratado de la idiotez*. Valencia: Editorial pre-textos, 2004.
- Nietzsche, Friedrich. *Verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Technos, 2008.
- Sabines, Jaime. *Recuento de Poemas – 1950-1993*. Madrid: Visor Libros, 2014.
- Aristóteles. *De Anima. Obras I y II*. Madrid: Gredos, 2007.
- Yutang, Lin. *La importancia de vivir*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1943.
- Laín Entralgo, Pedro. *¿Qué es el hombre?* Madrid: Ediciones Nobel, 1996.
- Hillman, James. *Un terrible amor por la guerra*. México DF: Editorial Sexto piso, 2010.
- Onfray, Michel. *Teoría del cuerpo enamorado*. Valencia: Pre-textos, 2002.
- Foucault, Michel. *Reflexiones sobre Magritte*. Madrid: Editorial eterna cadencia, 2008.
- Gadamer, Hans-Georg. *El Estado Oculto de la Salud*. España: Editorial Gedisa, 1996.

- Wittgenstein, Ludwig. Conferencia sobre Ética. Barcelona: Ediciones Paidós, 2002.

- Wittgenstein, Ludwig. Tractatus Logico Philosophicus. Madrid: Alianza Editorial, 2012.

- Jung, Carl Gustav. Recuerdos, sueños y pensamientos. Buenos Aires: Editorial Seix Barral, 2002.